

*CORONAS DE PALABRAS: ANTOLOGÍA DE POEMAS,
CUENTOS Y RELATOS CORTOS DEL CLUB
DE LECTURA ALEBRIJES*

“El llamado” / Dora Mejía

Socióloga y auxiliar Biblioteca Justiniano Turizo Sierra

Qué bello es el amanecer, observar cómo abre una flor a la vida. Son las 3 y 30 de la mañana, riego mi jardín, en plena Comuna 10 de Medellín, calma, no hay mucho movimiento alrededor del edificio Matilde donde habito. Recuerdo en Marinilla, a esta hora se sentía un frío delicioso y una tristeza enorme por tener que bajar a Medallo a trabajar. Tengo, hace más de quince años, otra vida mal llamada ciudadina porque siempre me sentiré del campo. Escucho un llamado “¡Camilo!, ¡Camilo!”, una señora baja de un carro de alta gama, color rojo, ataviada con bolsas y varias cocas, parece comida. Repite el llamado, pero su sonido no es estridente, suena casi a súplica. Aparece un joven mal vestido, ella sin miramientos lo abraza, él hace lo mismo, se sientan en uno de los andenes de un almacén de repuestos a todo el frente del edificio Matilde, los veo, ¿quién será ella? ¿Su madre? ¿Su abuela? Me pregunto. Él empieza a comer con

modales, ella lo observa embelesada. Se despiden, se vuelven a abrazar, él le pide algo, pienso que debe ser dinero, ella lo deja con la mano extendida. Alrededor de los quince días vuelvo a ver la misma escena. Pasan dos meses, un miércoles al amanecer escucho nuevamente el llamado, me levanto rápido y abro el balcón, pero esta vez el joven no llega, desesperada vuelve a llamar, pero nadie contesta, mira al frente esperando verlo caminar a su encuentro, pero nada sucede. Ella se monta al lujoso auto y da varias vueltas para ver si logra encontrarlo, luego se pierde entre la bruma que en ese momento hace. Al mes, en un comentario que hacen los muchachos de la calle al yo pasar, escuché que hablaban del asesinato de uno de ellos, ocurrido al amanecer. Todavía algunas veces me asomo al balcón, esperando oír ese nombre varias veces y luego el abrazo fraterno que se daban.

“El huracán” / Karen Dalila Zapata Maldonado

Estudiante de Derecho, 6º semestre

La ventana desde donde yo la miraba se cerró para siempre desde aquel huracán que arrasó conmigo. Ahora no la veo pasar con su cabello al viento y sonriendo a la nada, ya no puedo sonreír a través de ella. Mis ganas se quedaron atascadas en mi cuerpo, en mi garganta. No tengo ganas. Cuando abrí la ventana por última vez no la vi más. Empiezo a pensar que era producto de mi imaginación, cegada por la fiebre de sentir algo que me hiciera querer estar aquí. Aferrarme a algo. Ella era la tabla en medio del mar que necesita un naufrago para poder sobrevivir hasta que algo pase. Hasta que algo pase, pero nada pasa. O sí, pasa el tiempo y yo sigo aquí, mirando a la nada, esperando un rescate desde que aquel huracán que arrasó con todo. Que arrasó con mis ganas de vivir.

“Ser todo” / Martín Gutiérrez Arango

Estudiante de Derecho, 7º semestre

Allí parado en una roca, al lado del río, con su vista sobre ella, se sintió libre, vivo de nuevo, suspiró y sintió cómo el viento recorría todo su cuerpo, hace años que no era consciente, no sentía; sólo seguía una rutina como un robot y sumido a ella era que había dejado el tiempo pasar como lo hacía el río a sus pies, pero sin la frescura y pureza que este representa.

Dichoso de poder percibir el mundo, su mundo, suspiró y levemente su cuerpo se fue dirigiendo hacia atrás, sonreía y como si una rama que brotaba de la tierra se postrara en su cabeza y lo jalaba suavemente hacia la ribera del río, sus pies se alzaron y dejaron la piedra adelante, su vista ya no era horizontal, sino vertical, lograba ver el cielo con más perspectiva y su cabeza reaccionó como si de una celebración se tratara, con juegos pirotécnicos, veía por sus ojos pasar múltiples colores, colibríes, abejas, ramas, osos, semillas, flores, frutas, toda la naturaleza de celebración frente a él; ya hacía parte de ella con su cabeza postrada en una roca y su cuerpo en contacto con la tierra y con el agua, pues el río cambió un poco su rumbo para hacerlo parte, volvió donde fue feliz, ya era uno solo con lo que es el todo.

“Volver” / Juan Pablo Arroyave Ramírez

Estudiante de Derecho, 7º semestre

Podía ver tras la ventana a los fantasmas danzar alrededor de la montaña, con su velo cubrían los cafetales y aquellas casas de baldosas amarillas y grandes jardines.

El paso del bus por la trocha era inconstante, y se movía de un lado para otro cada vez que se encontraba con un hueco o una roca. En un momento del trayecto, las llantas del autobús pasaron cerca de un barranco profundo, provocado tal vez por algún deslizamiento de tierra. Lo único que separaba a los autos del vacío era un cordón viejo que no hubiese podido parar siquiera una bicicleta. El conductor reaccionó a la situación y bajó la velocidad, por unos segundos pude mirar hacia el fondo de ese foso; en él, apenas pude distinguir una hebra de agua saliendo de un agujero entre las rocas. En ese momento recordé lo que solías cantarme cuando el autobús pasaba por un tramo peligroso, entonces yo miraba tu rostro alegre y todo empezaba a estar bien.

Cada vez me sumergía más entre la cordillera; en ese punto, ya la ciudad era un eco lejano. El ruido no podría ser más un refugio para evitar pensar en cuantos años habrían pasado sin verte, pues ahora tu imagen comenzaba a dibujarse en el horizonte.

En todo el camino no paraba de preguntarme cómo estaría el pueblo al que había abandonado años atrás. Un sinfín de ideas se me cruzaban por la cabeza: “Tal vez ya habrían terminado esa obra que el antiguo alcalde prometió durante su campaña... ¿Sería posible que la tienda de la esquina la siguiera atendiendo don Julio? *¿Cuántas personas me reconocerán aún después de tantos años?*”

Volver al campo era como entrar en un plano inmune al paso del tiempo, pues todas aquellas imágenes proyectadas tras el cristal eran en apariencia las mismas del día en que me fui. Si cerraba los ojos podía verme cruzar el pasillo lleno de plantas colgadas del techo, para luego pasar por los dos sofás donde solíamos sentarnos en silencio a mirar la montaña. Al final, tocar la puerta para encontrarte, porque en el fondo de mi corazón, yo guardaba la infantil ilusión de que sobre ti tampoco habrían pasado los años.

Después de un tiempo, en la carretera destapada, sentí cómo el bus comenzaba a transitar el camino de piedra que daba al parque, y en un costado de la vía pude ver un gran cartel con el nombre del pueblo en él. Un rosal envolvía el letrero de arriba hacia abajo, en el aluminio se reflejaba el rojo de las flores, éstas parecían brazas ondeando en el aire y subiendo hasta desaparecer.

El bus se detuvo en el parque. Al bajarme te busqué en la banca del paradero, aun sabiendo que no me esperabas. Tras dar una vuelta por la plaza, vi como las cosas habían cambiado notablemente, la erosión se expandía por entre los edificios, los locales estaban completamente abandonados, y la maleza abundaba por toda la plaza, y cubría las bancas del lugar. Grietas y rastros de humedad bajaban desde lo alto de la iglesia, ese color blanco que conservaba en mis recuerdos había degenerado en un tono verdoso, que se diluía a medida en que se acercaba al suelo.

Continué caminando por las calles del pueblo mientras notaba cómo seguían apareciendo esos vestigios de deterioro que, en un principio, no percibí. Cada uno de ellos hacia parte de un río que comenzaba a fluir por entre las calles, justo debajo de mis pies.

La corriente de aquel río iba tomando fuerza, y tras su paso arrastró el velo con el que mis recuerdos cubrían el pueblo. Sin darme cuenta, termine parado ante una puerta de metal precedida por un alto arco blanco. Ya no podía engañarme más, era hora de aceptar las cosas, allí era donde te debía buscar, tras esas puertas donde desembocaba el río y se perdían por fin las horas.

Recorrí un jardín lleno de flores y lápidas, para, al final, detenerme frente a una placa casi imperceptible. Retiré unas enredaderas que tapaban tu nombre, y encendí la veladora que estaba al borde de consumirse.

“Paloma Blanca” / Cristian Martín Cabezas Torres

Estudiante de Licenciatura en Ciencias Sociales, 5º semestre

Querida paloma blanca
que no vuelas en el cielo
Alumbra mi vida
y a lo que más quiero
Elimina mis miedos
Y ayuda a la vida
Protege mi país
Sana oscuras heridas
Palomita blanca
Ven aquí te necesito
¿Cómo vuelas tan alto?
Dime cómo te asalto
Si en el campo y la ciudad
En el universo y en el más allá
Te deseamos como el maná
Querida Paloma, querida Paz.
Por eso soy cazadora,
Por eso soy capitán,
Soy triunfadora de alta mar,
Cazo palomas para entregar,
un largo pedido en cada lugar
oh querida Paloma,
que no puedes volar.

“La condena del presente” / María Antonia Sierra Monsalve

Estudiante de Derecho, 8º semestre

Me senté a escribir, estaba en un lugar tranquilo, alejada de toda distracción y esperando inspiración. Cuando de pronto sentí un ruido que se hizo ensordecedor, era el tic-tac de mi reloj martillando en mi cabeza con su rutinario segundero. Estaba enloquecida y decidí arrojarlo por el balcón, lo vi caer y volverse pedazos. Entonces, retomé la hoja en blanco que tanto me paralizaba, no sabía cuánto había pasado, pero aquel tic-tac inicial comenzaba a hacerse más fuerte, vi mi mano y allí estaba nuevamente, habían transcurrido veinticuatro horas y en mi hoja sólo se repetía la palabra tiempo, una y otra vez. En ese momento me sentí condenada a un presente encadenado e incesante. Estaba fuera de mi misma, me paré, apenas sintiendo mis pies, llegué al balcón y vi el reloj roto en mil pedazos.

